

GEORGE JACKSON: nuevo nombre...

conciliadoras, comprensivas, o liberales, son consideradas por el negro como ineficaces, paternalistas, y con mucha frecuencia sospechosas de hipocresía y oportunismo.

Desde estos presupuestos nació el partido de los Pante- ras Negras: su meta es la conquista del poder. Y sólo con la llegada al poder, sólo con la reivindicación de la raza, sólo venciendo un complejo de inferioridad ya secular, estará entonces el negro en condiciones de luchar, de igual a igual, con el blanco, en busca de sus propios derechos, su propia identidad, su propia dignidad. Como ha escrito Malcolm X en su autobiografía, lo que el negro busca NO son los derechos civiles, son sus derechos humanos. "¡Derechos humanos! ¡Que se nos respete como a seres humanos! Eso es lo que buscan las masas negras en los Estados Unidos. Ese es el auténtico problema. Las masas negras no quieren ser despreciadas más tiempo, como si de seres apestandos se tratara. No quieren vivir amontonados en barrios indeseables, en los ghettos, como animales. Quieren vivir en una sociedad abierta y libre, donde puedan caminar con la cabeza bien alta, como hombres, como mujeres!" Ser personas humanas o no serlo, vivir como tales o no: ese es el problema. George Jackson, aun desvinculado al principio de esta ideología radicalizada, llegará a ella por sus propios caminos, por sí mismo, desde la cárcel, la injusticia, la represión, el atropello... Raza, clase, educación, cultura, nivel económico, ideología política, doctrina religiosa: nada puede llegar a justificar el que un hombre pisotee a su prójimo.

POR SUS FRUTOS LOS CONOCEREIS

La capacidad de autocrítica de la sociedad norteamericana es, en definitiva, su cualidad más importante. Al lado de esta realidad las demás estadísticas dejan frío. ¿Qué importa, después de todo, que los Estados Unidos sean primera potencia mundial en según qué cosas y segunda potencia mundial en según qué otras? No interesan ni el número de automóviles, ni la producción de acero, ni la de petróleo, ni los kilómetros de autopista... Factores irrelevantes. Hechos y cifras enteramente insignificantes.

Pero hay algo realmente admirable en esa sociedad increíble, algo que va creciendo día a día por ley inexorable de vida. Porque en Estados Unidos existen problemas pavorosos, injusticias, atropellos, hasta —muchos lo querrían— descomposición social: la caída del imperio yanqui. ¿En qué sociedad no se producen los mismos problemas, o parecidos, a escala proporcional? Lo que diferencia a la sociedad norteamericana de muchas otras sigue siendo, precisamente, una virtualidad en sí misma implícita de la que puede que consiga su regeneración y su progreso: su capacidad autocrítica. En esa sociedad sigue siendo posible la publicación de un libro como el de George Jackson, Soledad Brother, tremenda requisitoria contra ella misma. Y como este libro, miles de libros más. Esta sociedad no sólo tolera, sino que admite

películas como La jauría humana; manifestaciones como los Moratorium Days o la marcha sobre Washington; actitudes reflexivas, racionales y positivas como las de muchos de sus intelectuales. Sólo los necios siguen cerrando los ojos, sólo los suicidas oficiales desde el poder siguen jugando al ávestruz, sólo ellos siguen vociferando el "love it or leave it", á mala o vete, supremo gesto de intransigencia, brutalidad y primitivismo —como si no existiera otra forma de amar al propio país que la que dictan sus autoerigidos portavoces oficiales, el mezquino patriotismo de ensalzar sus virtudes y sólo sus virtudes, ocultando sus defectos y todos sus defectos. La mayor lacra que un país puede exhibir se mide por la calidad y la cantidad de sus exilados forzosos: forzados por motivos políticos, por motivos religiosos, por motivos económicos, por motivos laborales. Vergüenza para cuantos fomentan, violenta y veladamente, ese exilio. Como alguien ha dicho certeramente, detrás de cada trabajador emigrante hay una historia personal. Las autoridades sólo ven un número de cuenta bancaria.

Esta sociedad norteamericana tiene sus lacras. Nadie las niega. Poco más o menos, a mayor escala, las mismas que nosotros, vosotros y ellos. Sólo que allí se conocen, se difunden y se imprimen. ¿Cuántos países pueden decir otro tanto? ¿Cuántos de nosotros no sufrimos, a la debida y modesta escala personal, atropellos parecidos sin tener la contrapartida posible de publicarlos como medio de defensa?

La historia de George Jackson es terrible, como la de miles de seres humanos que han pasado, y siguen pasando, en los Estados Unidos, por las mismas experiencias. Ya no nos creemos, ingenua e indiscriminadamente, muchos de los cuentos fantásticos de una propaganda bien montada sobre el American Dream, o el American Way of Life, o la American Democracy... Mitos inoperantes. Bellas palabras teóricas, falaces, retórica oficial conveniente: en la práctica, casi nada de nada. Una historia ya pasada, una mitología frustrada: pero cada día son más los norteamericanos que piensan efectivamente así y que tratan, honestamente, de buscar una salida. ¡Quien pueda decir otro tanto, que tire la primera piedra!

